

RESISTENCIA DE LA MEMORIA

Ave y nada

“...lo principal es muy claro: me es imposible vivir una vida humana entre los hombres”

FRANZ KAFKA

Transmutaciones

He sido ánade anodina,
repelida por las duras aguas
de aquellos ojos hialinos;
muy dentro la belleza estaba,
agazapada para otro entonces.

Y ahora soy cisne,
los espejos replican la mirada multánime;
no hay que escrutarlos en un día de miedo
o el cisne acalla su canto contra el vidrio.

Anadeo por calles de la realidad
y por callejones del sueño de los hombres,
libídine nocturna que salpica
mi propio cuerpo onírico desplumado.

Un día volveré a ser un pato
ya molido por las hélices del tiempo,
sombra patógena,
polvo de pato
y nada.

Por mi ventana abierta

Me he acostumbrado a no desear:
si una mera rosa,
ingurgita el jardín;
si una caricia,
a alguien le brotan espinas en las manos.

Este hilo se extiende por regiones umbrías,
a veces lo salpica el lodo del tiempo;
pero no se quiebra
y yo apetezco el sueño que se prolonga
entre los lindes de la piedra
para no volver a desear;
aun así deseo
y la hebra se adensa dentro del laberinto.

Como olvidar que nunca un ruiseñor
ha puesto su corazón en este asunto
espinoso de mi vida,
a pesar del estío pertinaz
ninguna golondrina
vino a morir a mis pies de princesa triste.

Y eso que colgué mil nuncios
invocando al amor,
clamando un poco de su savia;
pero solo acudió aquel cuervo
con su nunca en el pico.

Revelación

Solo el nombre de mi padre celestial
me ha sido revelado como mantra,
el otro machaca el tiempo de la vendimia
sin cargarme en sus humanas espaldas.

No interrogo al río ignoto de mi sangre,
ni ando en la pesquisa del pez
que convirtió en amnios las aguas.

Para qué moler almendras amargas si la vida
es un cometa raro cuando pasa,
una fiesta sin origen en el planeta del vientre.

Persistencia de la rutina

Aprendo el transido arte del adiós
pero no gira la noria de la fortuna,
me deja fija como astro
que ocupa su remoto cielo
sin que fulgure la nostalgia
ni la noche resulte memoriosa en su lecho.

Envejecen los sueños, las manos se desuellan
contra esa mole que no rueda
sino sobre mis carnes expectantes.

Solo acontece lo insulso y es seguro,
la muerte llegará sin pompa
poniendo mis despojos a su arbitrio.

Limbo

“El infierno es el sufrimiento de no poder ya amar”

FLOOR DOSTOYEVSKI

La soledad bascula sobre mi cuerpo,
concorre desde la primigenia desnudez,
a solas las patadas contra el vientre,
vida y cárcel, un interminable afuera
que ahora me aprisiona con sus lindes

El amante reventó la burbuja de la simulación,
me transitó sin acomodarme los fragmentos,
como quien pasa de lo claro a lo oscuro
temblando de la fuga de su envés.

Es limbo insípido, mi vida,
que da igual si estalla pero no alberga fuego,
nada alienta dentro de su planta
cortada por el filo del amor filial.

Cintillo con lazo

Estaba triste, pero me he puesto un cintillo con lazo
y reí frente al espejo, se me cayeron los años
de golpe, me embargó
una placentera sensación de ridículo.

Solo para locos son ciertas locuras,
ademanes irrisorios para abolir los diques
del ser que se defiende de la nada
y ostenta una armadura que contra sí se vuelve.

Pero además dejé caer la túnica

y entre sables quise bailar
al ritmo del goteo feroz de la clepsidra.

La tierra no tembló a mi holladura
de frenética danza y desalojo de sí,
lo más profundo que alcance en sus dominios
será hundirme a pocos metros con mis huesos desatados,
calavera distinguida, la del cintillo con lazo.

Cabalgata

Algunos amores son puros incendios forestales,
primero una chispita en la hojarasca
donde yacen los cuerpos
y el fuego irrumpe en cabalgata.

Pero después cunden los lictores
esgrimiendo las lágrimas del manatí,
lo aleve del fornicio y la crepitación
más roja en el averno.

Amar al hombre de la prójima
acaso no es pecado, pero el corazón
tiritita en una báscula y se aferra
al cuerno rosa del unicornio.

Ave y nada

Quién habrá de conjurar esta tristeza
que se impregna en el alma
acechada por licántropos.

Mi cuerpo es paraíso abandonado,
antes Adán y Eva, ahora ave y nada
solo el vuelo en desgarrados círculos
y aquel que se hizo de la luz
se ha ido hacia los lares de la sombra;
le eché, cual perros, las ígneas espadas
pues devoró frutas proscritas y desdeñó mi fuente.

Qué paraíso solitario de flores marchitas
es este, páramo que llora
y se incendia desde la memoria desnuda del estío.

Pero que no vuelva, es falso que lo invoque
en mi delirio de noctámbula:
prefiero que se pudran las manzanas de oro y plata
y que se amargue el río que a la nada baña.

Este minuto

El blanco de sueños se puebla de voces,
pero me hunde la densidad de este minuto
en que ya no transpira el sol sobre mis poros
y las alas se repliegan para ser solo abrigo.

Quisiera ahora que erraran las brújulas
y tú regresaras de los castos exilios,
para negarte la plétora ansiosa de verterse
sobre toda tu vida pero anudo bien mi odre.

Poemas de la sublimación

I

Cuando era niña creía firmemente en los eclipses
y atrapaba cocuyos entre las ambiguas sombras del bosque,
los recluía dentro del frasco de cristal de la abuela
para después liberarlos nuevamente a su sino
de perseguidos por los niños en las noches de apagón,
que se sucedían como las estaciones del insomnio.

No los confundas –decía mi abuela–
con el círculo de luz que traza el cigarro del hombre
agazapado tras un árbol desconocido.

Era una mentira que a veces nos hacía correr con pánico entusiasmo
y después fundar el ágape de salvación en la otra orilla de la calle
que Marino se sigue llamando pero muere mucho antes del mar.

El bosque se reduce en la vorágine del tiempo
y escasean los apagones
de las horas nocturnas como esta de mi nostalgia.

La abuela se ha ido, escoltada por los cocuyos.

II

He arado muchos años sin que me venza el sueño
más que unas cuantas veces en que quise recluirme
dentro de un ataúd cerrado a las manos de Pandora.

Cuando conseguí un amante, lo espantó mi orgullo

o la desidia de fundar un culto en la cocina
o simplemente se hizo a la mar sin otro contratiempo
que vislumbrar señales de mi vida que en la entrega ardía.

Pues lo di todo y no bastó a suscitar la permanencia,
solo cuando di la espalda alguien se aferró a mis laderas
pero mi espalda es una cosa definitiva,
como una lápida sobre el corazón.

Aré en el mar, jugué a dividir las aguas ante el príncipe
sin séquito ni vanagloria y las manos vacías;
para después fingir el sueño, invocar la mariposa de la belleza
y que el hombre me despierte con su beso y su sexo.

III

Hoy mi cuerpo es un vestido de novia mojado
en un agua más densa, quizás de los sueños
que espumeaban contra el malecón y querían la plétora,
pero Alfonsina aun no ha regresado espérala solo hasta mañana
no sea que te quedes desnuda de algas bajo la luna
y el faro que te había soñado se desdibuje.

Una luna, un faro, un solitario que pesca
sus recuerdos en el mar y los peces
vienen a morir de pura lástima.

Y Alfonsina emerge a veces como una virgen
pero no la esperes, nada esperes, siembra hasta la última semilla
entre la sal y el agua y las falsas estrellas,
un hombre llegará a tu piélago a vaciar otro cántaro.

IV

Ya en tu mapa no están las curvas de mi cuerpo
ni las almas que te daba con la lluvia
y tengo fiebre de este abismo,
el contagio de la nada que se cierne
como una nube irrevocable.

Estarás en la región de las eternas planicies
salmodiando la misma cara de la luna,
sapo feliz en las pulidas aguas de la charca
donde mi carne quiere arder.

Por qué si hay un infinito
el murmullo de la sangre no quiere otro destino
que besarte. Anular las palabras con que nos hacemos
día tras día nuestros diques y silencios.

No me basta el mar ni la vida ni esta agua eterna
que nos llueve por igual, mi cuerpo borrado no me basta
para la alegría; si no saltas al vórtice de los miedos
a deshacer mi caracol de orgullo.

V

No tuve sosiego hasta que no llegué a las aguas turbulentas de la poesía,
de ola en ola sufrí los embates de mi materialidad
agazapada en el segundo vientre;
a la espera de un dios o una criatura de su cosecha que me redimiera
para tocar cielo y tierra, no ser solo crisálida lamentando lo agrio del vino.

Deambulé por la ciudad sin que sus paredes me imantaran o los muros

que todo lo dividen en extrañas islas donde el dolor del mundo se multiplica,
mientras las trompetas de Jericó resuenan y la Habana se derrumba.

Solo subsisten los muros y las cúpulas de las iglesias
y las cúpulas locas bajo una sombra que no se averigua.

Recojo las hojas amarillas del árbol de la poesía
mientras resuena el último reguetón,
y bailan los peces con la boca en el anzuelo.

Mi vida es este tránsito que a ratos se enreda en sus escudos .

Resistencia de la memoria

“El espíritu vive en sí mismo, y en sí mismo puede hacer
un cielo del infierno, o un infierno del cielo.”

JOHN MILTON

Resistencia de la memoria

Por ti pregunto a oráculos deshechos,
a teléfonos mudos en su pátina de ayer,
en el insomnio sueño con paredes dilatadas de infinito
para amarnos y que el vaivén me aquiete el pecho,
frutal vaivén entre las cortinas espumosas del cielo;
le pregunto a los fantasmas emigrados, al Delfos de bisutería,
a Dios, adiós es la respuesta que pendula sobre el alma
y abre un pozo para no volver bajo los antiguos faroles
que se apagaron propicios se rompieron como dunas
en las aguas del olvido pero la memoria asciende por los talones,
quema sustantiva esta memoria *aunque el poeta sea un fingidor*
o un náufrago, polizón de la vida que llevas por derecho carril
y se agotan señales, poemas inscritos en botellas, la quimera de humo,
desborda el tiempo el oasis de mi edad desnuda. Sin tus manos
habré de acostumbrarme al mutismo de los días iguales,
a esta ausencia que se sostiene como un naipe en el aire.

Voces rotas

En la plétora, lloramos
la maravilla transitoria del amor
y ahora que se escurren sus aguas,
festejamos la alta vid endurecida.

Camelo que se hace sustancia y se hace peso
sobre la musa moribunda y la belleza
no raptada hacia la llión de los posibles.

Si es que Helena desnuda no convoca a los manes
o a los canes que han de morir en la mordida,
es ella quien muerde el recuerdo de las uvas jugosas
y se aferra a los sarmientos hasta ser solo eco.

Estación nocturna

Declinas las verdes manzanas de mi cuerpo,
te vas como astro sumiso hacia otro cielo
de un gris igual, firmamento definitivo que trazaste
para que la vida siga su curso empedrado
y los vástagos jueguen sobre lo yermo,
crezcan así sin desviarse en árboles inquietos;
pero en las noches hay una desgarradura,
un atisbo de que las horas pueden arremolinar,
repletarse de una savia desconocida y pródiga
que multiplique un cuerpo por dos sobre la alfombra.

Profesión de fe

Corren los ríos estremecidos del aliento,
la vida se escapa en mínimos aludes
como este del sueño que amasaba con la nieve
del estío y tu cuerpo hundiéndose en el lago,
tras la efigie de un tiempo que ya no vibra con su médula;
pero son tus manecillas las que deciden la corriente
y solo me queda estar quieta para el holograma

que arrastrarás como amuleto envenenado y vivo
a un tiempo, mera precariedad de los reflejos
y del histrión que huye cargando el ovillo del regreso;
en fin que Ío se detiene, el tábano se ceba con su néctar,
argos se alela en el compás de una danza inmensurable,
lo que ha de venir te pisa los talones, salta ya a tu tiniebla,
levanta para el mundo el pesado telón de tu alma.

Arenas de soledad

Están frías las aguas oceánicas:
ya la gente no se ama ni acoge las estrellas
del sur, peces del leteo en que tus ojos han caído,
aunque todavía la calidez colma el ápice de los deseos
en la noche escindida de los barcos;
pero escoges ser nauta de los días iguales y las previsiones,
donde nunca emerge una sirena con piernas de mujer
y brazos para recibirte como un soplo de agua
que hierve en abisal misterio; y la pleamar
es solo el sueño de Ariadna sobre la arena
sin hebra de regreso ni la dádiva de un dios.

Tras las persianas

Tras las persianas entornadas se adivina un mundo
que no transcurre como río sino en la llovizna pertinaz del polvo,
la sécula de la araña tejiendo las horas más grises, adensadas,
y una mujer va de un extremo a otro, sin cesar,
cargando no con una piedra sino con una pregunta,
a veces va de arriba a abajo, cuando hace el amor sobre otro cuerpo
que no responde y debería deshacer con el plumero,

pero la nostalgia cubre hasta la mínima vibración de las arañas,
el roce de los cuerpos y la melodía entrecortada de violín
todo gravita sobre el alma inmortal de la esperadora
que aun bajo tierra aguarda ciertos pasos
conocidos por su augurio siempre insatisfecho;
pero el silencio no tiene fisuras,
la rueca solo sirve para hilar melancolías
y me pincho con agujas del pajar de los recuerdos,
a la vera del camino, a la vera del dios que reparte los dones,
cierro la ventana entre soledad y soliloquio,
aquieto un minuto las preguntas con los ojos cerrados
en mi cabalgadura de almohada, donde los sueños
se cumplen hasta el advenimiento de la luz,
el pleno día en que nadie puede eludir la revelación del vacío.

Hucha de sueños

Mi hucha de sueños se rompió la víspera,
en la constelación en fuga de su nombre
yacen marchitas las estrellas

que sigilosamente alimenté.

Se ha quebrado el pincel que deshacía mi ombligo
en lentas pinceladas expansivas

y ahora la vida no cabe en este cuadro

sin pasaje hacia su envés.

Quedan la soledad y la sed dentro de su cáliz,
esculpido en lo eterno sin mella de preguntas
y mis manos en el aire sosteniendo los castillos.

Velas negras

Todos los días se rompe la cornucopia
y el amor iza sus velas negras
instaurando la noche que me envuelve.

Pero encuentro otra vez tus manos
prestas a anclar en el cuerpo que he dado a los fantasmas,
las campanas doblan locas cuando bailo
mi invocación de la alegría, esa escurridiza
criatura de simulada primavera.

Vendrás, por la fuerza ciega del poema,
por las amarras mudas que te tiendo
desde la saliva de los parques
y los duraznos que muerden tu edad
para después desparramarse en humedales.

Desde la orilla

Ninguna de mis costillas se transfiguró en príncipe
ni en la muda reverencia de un payaso
sonrojado bajo las pupilas que se aguan
y van a morir al mar si toda risa es una treta
de ojos pintados y el cansancio de la sibila.

Desde los balcones del vórtice contemplo la ciudad
carcomida por el huracán, rota en ríos de lágrimas;
no es la mía, mi pie se borró en la erosión del tiempo,
un adiós que fue todo cuando ya se volvía
el semblante a la hora del lamento en las ruinas.

Tu mar se retira de los litorales desnudos
para siempre o quizás volverá sobre los arrecifes
que se me incrustaron en la carne cuando desataste
el odre de los gemidos, no sé esa vez
sobre que dulce arenal amanecí.

Nadie venga a decirme que la vida sigue
flotando como un corcho sin botella en las aguas;
me iría a dormir en los sitios eternos
en que mueren los vuelos y renace Ifigenia,
si no estuviera varada firmemente en mi orilla.

Lo que duele

Con cada banderilla que me clavan
invento una espiral de palabras,
había dormido un siglo feliz
sobre la capa que ahora agitan.

No es la carne lo que duele
ni la vieja ínfula de vaca sagrada
sino el rostro del torero.

Eva crucificada

La soledad no es el acecho grávido del animal nocturno
sino un puente roto por la niebla,
en el linde de los pasos del hombre que camina
hacia la diestra de tu muslo siniestro
como quien busca en la hondonada el caos perdido.

Pero tú solo quieres abatir al ángel y que te llame diosa
y se embriague de sombras arborescentes y frutales,
bajo las cuales revolver el hastío de la contemplación eterna
o la contemplación del hastío eterno en la cohorte.

Te persiguen espadas, drones, tus propias pesadillas mutiladas
y esa voz que te escinde en dos mitades,
en los barrotes de tu jaula de oro,
o plomo contra tu carne contemporánea.

Eva crucificada tras las burkas de Afganistán o en los burdeles de Tailandia,
Eva ubicua dentro del río abstruso de la sangre,
no llorarás por mis ojos este nimio dolor
de ver al hombre acariciar otra costilla, de puro hueso y nada.

Un camino en el agua

Prohijaré los sueños de cualquiera
en este día de raíz desolada,
aguardaré hasta la infinitud un nuncio
ya que el agua invade los caminos y los barcos.

Querría, con palabras, desbrozar un camino
pero ellas me niegan su esencia de polvo mordido,
brotaron antes de otras plumas con más luz o más sombra,
alcanzaron el vértice de armonía perfecta.

Querría, con mi todo, retener el abrazo del hombre
que arrastró las estrellas en un cielo de sábanas
pero otro nombre estaba escrito antes que yo naciera,
en el mapa sereno de su ascenso a las cumbres.